

# Repensando las ciencias sociales actuales

CARLOS AGUIRRE ROJAS\*

*El análisis de los sistemas-mundo pretende ser una crítica a las ciencias sociales del siglo XIX...*

IMMANUEL WALLERSTEIN, "Introducción" al libro *Impensar las ciencias sociales*, 1991

Resumen: *El objetivo de este ensayo es el de revisar cuáles han sido las formas principales que la modernidad burguesa capitalista ha construido como variantes esenciales de los discursos históricos que le corresponden. Sobre esta tipología, el autor revisa después cómo han ido evolucionando y transformándose esos distintos discursos historiográficos modernos desde el siglo XVI hasta el momento actual.*

Abstract: *The aim of this essay is to review the principal means that capitalistic bourgeois modernity has constructed as essential variations of the historical discourses that correspond to it. On the basis of this typology, the author then reviews the way these various modern historiographic discourses have evolved and been transformed from the sixteenth century to the present.*

Palabras clave: filosofía de la historia, historia empirista, marxismo, historiografía actual.

Key words: philosophy of history, empirical history, marxism, present historiography.

**D**ESPUÉS DE 1968 Y HASTA LA ACTUALIDAD, resulta evidente el hecho de que el entero "sistema de los saberes" sobre los distintos temas de lo social, que tuvo su periodo de existencia entre aproximadamente 1870 y esa misma fecha de 1968, ha entrado en una crisis total e irreversible. Porque luego de haberse constituido en el último tercio del siglo XIX, y de haber desplegado su vigencia durante toda la primera mitad del siglo XX, ese *episteme* particular sobre lo social —que concibió esto último como una suma o agregado de espacios segmentados, distintos y hasta autónomos entre sí, espacios que a su vez correspondían a las distintas e igualmente autónomas ciencias o disciplinas sociales— comenzó a ser cuestionado poco a poco y a mostrar sus límites epistemológicos generales, para precipitarse definitivamente en una crisis insuperable bajo los impactos fundamentales de la revolución cultural de 1968.<sup>1</sup>

Una crisis general del sistema de los saberes sobre lo social que se ha expresado, en los últimos treinta años, tanto en la proliferación y multiplicación de los *limitados* proyectos de defender y promover una "multi", "pluri", "trans" o "inter" disciplinariedad —donde, sin embargo, se deja intocado el fundamento mismo de la división del cono-

\* Dirigir correspondencia al Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM Circuito Mario de la Cueva s.n., Ciudad Universitaria, 04510, México, D. F., México. Tel. 52-5-622-74-00 ext. 264. Fax: 52-5-665-24-43. E-mail: aguirrec@servidor.unam.mx

<sup>1</sup> Al respecto, cf. de Immanuel Wallerstein y otros, *Abrir las ciencias sociales*, Siglo XXI, México, 1996.

cimiento social en “disciplinas”, que es el fundamento que realmente habría que impugnar y desconstruir radicalmente— como en las incesantes búsquedas y debates metodológicos que intentan preguntarse acerca de las raíces y la génesis histórica de este peculiar sistema de saberes sociales hoy todavía dominante.<sup>2</sup>

Búsquedas y debates que, por lo demás, desbordan ampliamente el ámbito de ese “sistema de los saberes” sobre lo social, para abarcar también al dominio entero del sistema global de los conocimientos y de las ciencias en general, las que también desde hace ya tres décadas han comenzado a revisar tanto las estrategias generales de aproximación hacia el mundo, la naturaleza o la sociedad que las constituyeron, como la organización misma de sus diferenciaciones y especificaciones sucesivas, bajo el régimen de lo que se ha llamado las “dos” y luego las “tres” culturas diversas.<sup>3</sup>

Crisis entonces global de lo que podríamos llamar el *episteme* del conocimiento vigente durante los últimos 130 años, que abre entonces el espacio para el debate en torno a la necesaria y urgente reorganización general de nuestras ciencias y de nuestros conocimientos actuales, debate que en el campo de las ciencias sociales se presenta entonces como la revisión radical de ese fundamento que se construyó en la segunda mitad del siglo XIX, y que cuadrículando y autonomizando las distintas esferas, actividades o espacios de lo social-humano, fue atribuyendo esas distintas partes de la cuadrícula a las entonces emergentes o renovadas ciencias de la historia: la psicología, la economía, la antropología, la ciencia política, la geografía, el derecho, la sociología o la lingüística, entre varias otras.

Revisión que, por lo demás, no sólo se interroga acerca de las raíces y del proceso mismo de esa progresiva segmentación de lo social-humano en distintos “objetos” autónomos, correspondientes a las diversas ciencias sociales contemporáneas, sino también y más allá, acerca de las condiciones generales y las causas más profundas que explican el surgimiento de esta estrategia segmentada y cuadrículada de aproximación a lo social, dentro de la cual aún se encuentra aprisionada nuestra reflexión actual.

<sup>2</sup> Como ejemplos representativos de esta búsqueda, véase Boaventura de Sousa Santos, *Introdução a uma ciência posmoderna*, Afrontamento, Porto, 1990; *Um discurso sobre as ciências*, Afrontamento, Porto, 1990 y *Toward a New Common Sense*, Routledge, Nueva York, 1995; Pauline Rosenau, “Modern and post-modern science: some contrasts”, *Review*, vol. XV, núm. 1, invierno de 1992; Isabelle Stengers, *L'invention des sciences modernes*, La Découverte, París, 1993 y “Les ‘nouvelles sciences’, modèles ou défi?”, *Review*, vol. XV, núm. 1, invierno de 1992; Immanuel Wallerstein, *Impensar las ciencias sociales*, Siglo XXI, México, 1998; “The *Annales* school: the war on two fronts”, *Annales of Scholarship*, I, 3, verano de 1980; “The challenge of maturity: whiter social science?”, *Review*, vol. XV, núm. 1, invierno de 1992 y “History in search of science”, *Review*, vol. XIX, núm. 1, invierno de 1996; y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “La larga duración: *in illo tempore et nunc*”, en *Segundas Jornadas Braudelianas*, Instituto Mora, México, 1995.

<sup>3</sup> Sobre este punto, véase el libro ya clásico de Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1997. También pueden verse Ilya Prigogine, *El fin de las certidumbres*, Andrés Bello, Santiago de Chile, 1996; *Temps à devenir. À propos de l'histoire du temps*, Fides, Quebec, 1994, y “The laws of chaos”, *Review*, vol. XIX, núm. 1, invierno de 1996; Isabelle Stengers, *L'invention des sciences modernes*, *op. cit.*; Wolf Lepenies, *Las tres culturas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1994 y Georges Balandier, *El desorden, la teoría del caos y las ciencias sociales*, Gedisa, Barcelona, 1993.

Debate y revisión radicales de las “premisas no explicitadas” de nuestros modos de construcción de esas mismas ciencias sociales, que para ser adecuados se ven entonces obligados a remontarse al examen de la relación más general que ha existido y existe entre dichas ciencias sociales y su fundamento general último, es decir, el proyecto mismo de la modernidad burguesa capitalista, de esa modernidad que se despliega desde hace cinco siglos como el marco más general y determinante de la propia actividad de la ciencia social cuyas modalidades históricas sucesivas intentamos comprender y explicar.

En esta línea, y a modo de simple contribución a un esfuerzo colectivo que hoy está todavía en curso, nos gustaría revisar cómo es que se han constituido y han evolucionado los distintos *discursos históricos* fundamentales que ha conocido esta misma modernidad, discursos dentro de la historia que al acompañar y expresar en alguna medida la curva vital misma de esa modernidad burguesa, nos proporcionan también claves más generales para comprender las correspondientes curvas evolutivas tanto del sistema de los saberes sobre lo social, como del sistema de las ciencias y los conocimientos en general. Con lo cual tendremos también algunos nuevos elementos para repensar las ciencias sociales actuales y las posibles alternativas de su inmediata reorganización futura.

## I

Es sabido que existe un amplio debate en torno al momento en que debe ser ubicado el nacimiento mismo de la modernidad.<sup>4</sup> En nuestra opinión, y siguiendo en este punto la concepción de Marx al respecto, podemos datar su origen en el siglo XVI, aunque concibiendo a este último, como explicara Braudel, como un “largo siglo XVI” que se prolonga aproximadamente desde 1450 hasta 1650.<sup>5</sup> Pues es justamente a partir de la amplia difusión del sistema manufacturero capitalista que se da en Europa durante este largo siglo XVI cuando comienzan a afirmarse también, en los varios planos del tejido social general, tanto las primeras formas características del modo de producción capitalista como las distintas expresiones de la moderna sociedad burguesa en los campos de la sociedad civil, de la política y de la cultura en general.

<sup>4</sup> Al respecto, Marx es muy claro al afirmar en *El Capital* que “la era del capital data del siglo XVI”. Coincidimos con esta posición, que es también la de Immanuel Wallerstein en su libro *El moderno sistema mundial*, tomo I, Siglo XXI, México, 1979. Sobre este debate, véase también de Immanuel Wallerstein, “The West, the Capitalism and the Modern World-System”, *Review*, vol. XV, núm. 4, otoño de 1992. Para una postura distinta, cf. Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, Alianza Editorial, Madrid, 1984. Hemos tratado de explicitar esta postura braudeliana en Carlos Antonio Aguirre Rojas, *Fernand Braudel und die modernen Sozialwissenschaften*, Leipziger Universitätsverlag, Leipzig, 1999 y “La vision braudelienne du capitalisme antérieur à la Revolution Industrielle”, *Review*, vol XXI, núm. 1, invierno de 1999.

<sup>5</sup> Sobre este punto cf. Fernand Braudel, “Expansion européenne et capitalisme (1450–1650)”, en *Les écrits de Fernand Braudel. Les ambitions de l'histoire*, Editions de Fallois, París, 1997.

Y con todo ello, también el plano de la construcción de los distintos discursos históricos. Ya que si analizamos —desde una perspectiva más vasta de larga duración— la evolución de estos discursos historiográficos, no nos será difícil reconocer la profunda mutación que han sufrido precisamente después de este largo siglo XVI, y que constituye, frente a los discursos históricos medievales anteriores, la doble vertiente de indagación de la historia y de elaboración de los resultados historiográficos que va a caracterizar a la modernidad durante toda su primera etapa de vida, desplegada desde el siglo XVII hasta la primera mitad del siglo XIX.

Así, es al comenzar a afirmarse la nueva sociedad y la nueva cultura *burguesas* que se afirman las dos modalidades principales del discurso historiográfico moderno burgués: en primer lugar, la vertiente de las diversas filosofías de la historia, que desde Vico hasta Hegel (pasando por Condorcet, Herder o Kant entre otros) se constituirá en una de las formas recurrentes de aproximación discursiva a los hechos históricos; y, en segundo término, la figura de las diferentes historias empiristas y objetivas, que desde Mabillon hasta el positivismo de Leopold von Ranke va a desplegarse también de modo constante como esquema organizador de los resultados historiográficos. Dos variantes del discurso histórico, características de esta primera larga etapa de la modernidad, que expresan a su vez dos de los trazos centrales que singularizan a la moderna sociedad burguesa capitalista, distinguiéndola de todas las etapas históricas anteriores de la larga cadena de mundos y sociedades precapitalistas. Pues es bien sabido que, frente a todas estas “sociedades que preceden a la existencia de la era capitalista”, y que se caracterizan por el predominio de proyectos, historias e itinerarios siempre *locales, específicos y particulares*, el capitalismo ha afirmado, por primera vez en la historia humana, un *universalismo abstracto y homogeneizador*, que corresponde en el plano general al universalismo también nivelador y genérico que en la órbita económica se afirma con la vigencia general del principio del valor y de su autorreproducción.

Es justamente el hecho de que la moderna sociedad capitalista se construya en torno al objetivo de la incesante valorización del valor, a través del proceso de acumulación de capital, el que hace posible y hasta necesaria la ilimitada expansión geográfica planetaria de esta sociedad capitalista.<sup>6</sup> Porque dado que el valor es siempre compatible con cualquier valor de uso *posible*, entonces su afirmación concreta no conoce límites, y la misma puede extenderse a todo lo largo y ancho del mundo, englobando bajo su lógica abstracta y homogeneizante todos los bienes y valores de uso producidos en las más diversas circunstancias y, por ende, a todas las civilizaciones, a todos los pueblos y a todos los grupos y sociedades humanas imaginables.

Con lo cual, es sin duda una conquista histórica de ese capitalismo la construcción de la verdadera red del mercado mundial moderno, y con ella de la base material de

<sup>6</sup> Algo que Marx ha explicado claramente en varios de sus textos, por ejemplo en *El Capital. Crítica de la economía política*, 8 tomos, Siglo XXI, México, 1975–1981 o en sus *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse*, 3 volúmenes, Siglo XXI, México, 1971–1976. Véase también el libro de Immanuel Wallerstein, *El capitalismo histórico*, Siglo XXI, Madrid, 1988 y *El moderno sistema mundial*, tomo I, ya citado.

una genuina e inicial *universalización* orgánica de la propia historia humana. Una universalización necesariamente *antitética y desgarrada*, que en la práctica se impone como el intento de nivelación y subsunción de todos los pueblos a un solo y particular proyecto civilizatorio<sup>7</sup> —es sin duda el proyecto europeo occidental en su variante nórdica—, que sin embargo se afirma como un gigantesco paso adelante frente al localismo y limitación de todas las historias precapitalistas antecedentes, historias marcadas por los particularismos religiosos, de sangre, territoriales, de vínculos de dependencia personal o de jerarquías diversas.

De tal modo, y apoyados en dicho cosmopolitismo y universalidad abstractos propios de la modernidad capitalista, van a edificarse esas distintas filosofías de la historia antes referidas, las que intentando englobar en un solo panorama todo ese conjunto de historias locales previas, van a concebir por vez primera a la historia humana como *unidad* y, por lo tanto, como orgánica y verdadera historia universal. Historia *de la humanidad* que será vista también como un *proceso*, y en consecuencia como un conjunto de líneas, desarrollos y esfuerzos que aun siendo locales y diversos se encuentran sin embargo y de una cierta manera teleológica interconectados, marchando de una forma que es quizás inconsciente hacia figuras cada vez más complejas, aunque siempre como partes específicas de ese proceso del devenir humano universal. Filosofías de la historia igualmente universalistas y recurrentemente abstractas, que en el intento de construir sistemas globales y coherentes para la explicación de ese periplo universal van a establecer diferentes esquemas, esbozos o frescos generales del itinerario global del género humano. Esquemas que siempre se organizan en torno de uno o de unos cuantos principios globales integradores —la lucha entre la razón y el oscurantismo, la enajenación y reconciliación progresiva de la idea absoluta, la lucha constante entre los principios eternos de la libertad y del autoritarismo, la recurrencia repetida de los ciclos ya vividos, etc.—, cuyo objetivo es dar sentido a esas historias precapitalistas anteriores en función de una idea particular del progreso, concebido como algo lineal, siempre ascendente, general e irrefrenable, progreso que culmina en todos los casos con el advenimiento y afirmación de esa misma sociedad burguesa moderna.<sup>8</sup>

Y del mismo modo que el valor engloba bajo su dominio a todo el complejo y diverso mundo de los valores de uso, y que la historia universal capitalista se construye entrecruzando y subsumiendo a su lógica todas esas historias de pueblos, imperios, razas, grupos y sociedades locales precapitalistas, así las distintas filosofías de la historia de los siglos XVII, XVIII y XIX se presentan también como otros tantos esfuerzos de ordenar todas las historias humanas previamente vividas, en función del proyecto histórico específico de la modernidad.

<sup>7</sup> Carácter antitético y limitado que ha sido muy agudamente captado sobre todo por los autores de la Escuela de Frankfurt. A modo de simples ejemplos. *cf.* el ensayo de Theodor Adorno, "Progreso", en *Consignas*, Amorrortu, Buenos Aires, s. d. y Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, Sudamericana, Buenos Aires, 1969.

<sup>8</sup> Una crítica radical a esa idea simplista del progreso puede verse en Walter Benjamin, "Tesis de filosofía de la historia", en *Discursos interrumpidos*, Planeta-De Agostini, Barcelona, 1994.

Entonces, si el fundamento último de los discursos historiográficos desplegados bajo esas filosofías de la historia es el carácter universal abstracto de la lógica del valor-capital en movimiento, el fundamento último de la segunda variante de las estrategias histórico discursivas modernas lo constituye, en cambio, una de las principales consecuencias de la propia *actualización concreta* de ese movimiento y acción del mismo capital: la del dominio limitado de la naturaleza a través del desarrollo y explotación productiva de la nueva *ciencia experimental*. Porque si bien el valor *puede* combinarse con cualquier valor de uso, para convertirlo en su propio portador, esa potencialidad sólo se actualiza si se logra romper y superar la herencia de la terrible marca de la *escasez natural* que caracteriza a todas las sociedades precapitalistas.<sup>9</sup> Pues la sociedad del capital, centrada en la progresiva valorización del valor, presupone necesariamente que los productores y las sociedades en su conjunto hayan rebasado ampliamente el nivel de la autosubsistencia y el autoconsumo elemental, lo que sólo es posible sobre la base de un cierto desarrollo importante de la productividad del trabajo social.

Por su parte, dicha productividad sólo ha sido posible de alcanzar a partir de que el hombre ha *invertido* la milenaria y transecular dominación de la naturaleza sobre la sociedad, domesticando las principales fuerzas naturales y obligándolas a servir como fuerzas productivas del propio capital. Y dicha domesticación tiene precisamente como su estrategia fundamental y palanca de apoyo esencial a la nueva ciencia *experimental*, que se desarrolla también de modo paralelo con el crecimiento y afirmación progresivos de la modernidad.

Ciencia experimental que, aproximándose a la naturaleza de un modo claramente *instrumental*,<sup>10</sup> va a desarrollar el tipo de conocimiento fuertemente orientado por fines esencialmente *prácticos* que las ciencias naturales han conocido durante los últimos cuatro o cinco siglos de su existencia, conocimiento que intenta construir verdades basadas en la experiencia previa y la experimentación, y que sometiendo siempre a la prueba de los hechos dichas verdades, construye esa noción específica del saber como algo objetivo, empírico, verificable, instrumental y útil en términos pragmáticos y productivos.

Se trata de una noción nueva del conocimiento científico que no sólo ha hecho posible conocer y dominar una porción cada día creciente de la naturaleza, sino también y sobre todo emancipar al mundo de lo social de su sometimiento y subsunción dentro de lo natural. Pues una vez más, como explica Marx, la sociedad burguesa es la primera, en toda la historia humana, en la que el elemento *social e histórico es dominante* sobre el elemento natural, lo que se manifiesta en el hecho de que la ciudad domina por primera vez al campo, y la industria, a la agricultura; pero también en el proceso radical de desacralización del mundo, en la invención de un marco temporal de carácter básicamente social, en la ruptura total de los límites antropocéntricos de los proce-

<sup>9</sup> Quien mejor ha estudiado este problema y sus implicaciones es Jean-Paul Sartre, en su *Crítica de la razón dialéctica*, Losada, Buenos Aires, 1970. Véase también Carlos Antonio Aguirre Rojas, "Economía, escasez y sesgo productivista", *Boletín de Antropología Americana*, núm. 21, México, 1990.

<sup>10</sup> Cf. el libro de Ilya Prigogine e Isabelle Stengers, *La nueva alianza*, ya citado.

so de trabajo o en la progresiva domesticación y regulación de los comportamientos instintivos y de la expresión directa y brutal de las emociones y pasiones inmediatas, entre tantos otros.<sup>11</sup> Promoción del elemento *social-histórico* al rol de elemento dominante, que explica también la posibilidad de pensar *separadamente* lo social respecto de lo natural, estableciendo el espacio para la ulterior división entre las dos “culturas”, la del ámbito de las ciencias exactas o naturales o “duras” y la de las ciencias sociales o humanas.

Estrategia de la ciencia *experimental* que, con sus diversas consecuencias, también va a reflejarse en el plano de la historiografía. Con lo cual, la segunda variante de los discursos históricos que se afirman a lo largo de esa primera etapa de la modernidad va a ser la de una historia empirista y objetivista, que al intentar la reproducción en el ámbito de lo social de ese modelo propio de las mismas ciencias naturales experimentales, va a tratar de elaborar una historia también útil e instrumental, que apoyada en la crítica de las fuentes y en la criba rigurosa de los documentos escritos y los testimonios diversos, vaya estableciendo las verdades incontestables del acontecer histórico, verdades datadas finamente y ordenadas cronológicamente, que sometidas a la prueba de la crítica interna y externa de los documentos, puedan ser utilizadas para la reafirmación de los valores y la identidad nacionales, para la formación cívica de los ciudadanos así como para la justificación y legitimación de los poderes dominantes existentes.

Una historia objetiva y empirista que aproxima el trabajo del historiador a las tareas del juez —en la medida en que ambos, a partir de la confrontación, de la crítica y del trabajo sobre los testimonios, intentan establecer la verdad objetiva e irrefutable de los hechos—<sup>12</sup> y que va a desembocar en la progresiva disolución de las antiguas historias legendarias, míticas y religiosas, historias que poco a poco van a ser completamente abandonadas en beneficio de esa historia “real”, basada en verdades firmemente comprobadas y empíricamente establecidas.

Historia que al discriminar y separar las fuentes o los elementos literarios o de ficción, frente a las fuentes o elementos estrictamente históricos y “objetivos” va también a intentar superar el *anacronismo* histórico, prohibiendo la mixtura de elementos de diversas épocas y afirmando la vigencia absoluta, también dentro de la historia, de la nueva noción newtoniana del tiempo moderno burgués, tiempo de un solo sentido,

<sup>11</sup> Son pocos los autores que han teorizado sobre las consecuencias principales de esa mutación de larga duración. Al respecto, cf. Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989 y *Sobre el tiempo*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1989; Lewis Mumford, *Técnica y civilización*, Alianza Editorial, Madrid, 1982; Mircea Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, Labor, Barcelona, 1992; Bolívar Echeverría, “Modernidad y capitalismo: quince tesis”, *Review*, vol. XIV, núm. 4, otoño de 1991, y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Between Marx and Braudel: making history, knowing history”, *Review*, vol. XV, núm. 2, primavera de 1992.

<sup>12</sup> Esta interesante línea de comparación ha sido desarrollada por Carlo Ginzburg en varios de sus trabajos, por ejemplo en *El juez y el historiador*, Anaya-Muchnik, Barcelona, 1993; “Provas e possibilidades à margem de ‘Il ritorno de Martin Guerre’, de Natalie Zemon Davis”, y “O inquisidor como antropólogo: uma analogia e as suas implicações”, ambos en *A Micro-história e outros ensaios*, DIFEL, Lisboa, 1991 y “Aristotele, la storia, la prova”, *Quaderni Storici*, núm. 85, año 29, fascículo 1, abril de 1994.

único, irreversible, continuo y progresivo que establece la precisa cronología, el orden, la sucesión y la progresión de los distintos acontecimientos, fenómenos, épocas y realidades históricas diversos.<sup>13</sup>

Dos modelos, entonces, de elaboración de los discursos historiográficos —que, por lo demás, muy probablemente se reproducen en otros campos y dominios de la reflexión sobre lo social de estos mismos siglos XVII, XVIII y XIX— que correspondiendo a su vez a dos de los fundamentos esenciales del proyecto mismo de la modernidad, van a acompañarla a lo largo de dichos siglos que constituyen la rama *ascendente* de su curva específica de vida global.

## II

Si analizamos ahora, desde este mismo punto de vista, la suerte de las dos variantes modernas mencionadas del discurso sobre la historia, podemos observar que el siglo XIX representa para ambas —dentro del ámbito de la cultura *européa*— una clara suerte de momento de máximo auge y de *culminación*. Porque es bien sabido que con la filosofía hegeliana de la historia, el pensamiento moderno-burgués llega a la más alta, compleja y sutil elaboración de la que es capaz dentro de este mismo camino de edificación de modelos *globales* y *omnicomprensivos* del conjunto diverso de la masa enorme de hechos y procesos humanos históricos. Con lo cual, las célebres *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*<sup>14</sup> van a representar el más logrado y el más rico de esos modelos de filosofía de la historia que, concebidos siempre como construcciones *a priori*, fruto de la genialidad de un gran pensador, van a “utilizar” los hechos históricos como simple base factual de legitimación de su validez y como simple “ilustración” de la vigencia de los principios generales que organizan a dichas filosofías, principios siempre supuestamente universales, eternos y atemporales sobre los que se organiza el correspondiente sistema de explicación universal.

Se trata de una filosofía hegeliana de la historia que estará sin duda muy por encima de los posteriores y ya muy limitados intentos realizados por autores como Oswald Spengler o Arnold Toynbee. Porque es claro que a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la filosofía de la historia entró en un proceso creciente de descrédito y de evidente decadencia en tanto modalidad de explicación de las realidades históricas, refugiándose a partir de estas fechas, ya sea como línea *marginal* y muy poco frecuentada del propio campo más vasto de la filosofía en general, ya sea como reminiscencia sobreviviente con cierta extraña perdurabilidad en algún ámbito cultural nacional específico, como por ejemplo, el ámbito inglés.

<sup>13</sup> Para un interesante desarrollo de estos problemas, cf. Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Paidós, Barcelona, 1993.

<sup>14</sup> Cf., de G. W. F. Hegel, las “Lecciones sobre la filosofía de la historia universal”, *Revista de Occidente*, Madrid, 1974.



Por otra parte, y de modo paralelo a esta máxima expansión y luego decadencia del discurso filosófico-histórico moderno, acontecida en el siglo XIX, se ha dado también la culminación y luego estancamiento del género de la historia objetiva y empirista antes referida. Y aquí, el rol fundamental lo ha tenido la Revolución francesa. Pues es justamente esta última la que, al eliminar el poder real y monárquico del antiguo régimen, ha provocado también una verdadera revolución en cuanto al acceso a la información por parte de los historiadores eruditos, al convertir los antiguos archivos de la realeza y de las monarquías en toda Europa, en archivos *públicos* y no privados, democratizando el acceso a los documentos y proveyendo a los historiadores objetivistas y empiristas de una masa realmente monumental de nuevas fuentes primarias disponibles para su consulta y utilización.

Con lo cual, no es una casualidad que esta historia erudita promueva, a lo largo de dicho siglo XIX, proyectos como el de Agustín Thierry de compilar absolutamente todos los documentos sobre los orígenes, la formación y la evolución del tercer estado o también como el proyecto de los *Monumentae Germaniae Historicae*, a la vez que codifica también la forma más acabada y lograda de tal historia objetiva, rigurosa, empirista y erudita con el proyecto del positivismo rankeano que se convertirá en ampliamente *dominante* a nivel del conjunto de las universidades europeas justamente durante el último tercio de ese mismo siglo XIX. Proceso el periodo referido, no por casualidad denominado “el siglo de la historia”,<sup>15</sup> que puede considerarse también para esta historia erudita y objetivista, como una verdadera *culminación* de su curva de desarrollo general. Pues es claro que, si bien dicha historia erudita y positivista ha sobrevivido hasta el presente, atravesando todo el siglo XX, también es fácil comprobar que durante los últimos cien años *no* ha conocido prácticamente *ni un solo progreso cualitativo* digno de mención, reproduciéndose casi sin cambios bajo el mismo modelo y bajo los mismos cánones que alcanzó con ese proyecto del positivismo germano de la segunda mitad del siglo XIX.

Doble culminación, tanto del discurso filosófico como del discurso erudito sobre la historia, cumplida en el siglo XIX, que a su vez expresa asimismo de modo mediado y complejo, pero igualmente claro y sintomático, al subyacente movimiento también de llegada a su punto histórico de clímax de la propia modernidad capitalista, dentro de los límites del pequeño continente europeo. Ya que recorriendo una vez más con las botas de siete leguas de la larga duración a la historia de esta modernidad, es posible registrar el hecho de que, *dentro de Europa*—pero sólo *dentro* de tal espacio europeo, y *no* a nivel planetario—, dicha modernidad ha alcanzado igualmente su punto de culminación y de más alto desarrollo precisamente durante ese rico y complejo siglo XIX de su historia.

<sup>15</sup> Véase sobre este punto el ensayo de Henri Pirenne, “What are Historians Trying to do?”, en *Methods in Social Science*, University of Chicago Press, Chicago, 1937; Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Tesis sobre el itinerario de la historiografía del siglo XX. Una visión desde la larga duración”, *El Correo del Maestro*, núm. 22, México, marzo de 1998.

Culminación que abarca lo mismo el plano geográfico —cuando el mercado mundial capitalista logra envolver en su red al planeta entero— que el plano cultural —cuando con la Enciclopedia y el Iluminismo el sistema entero de los conocimientos, de los saberes y de las ciencias en general, es recodificado según los parámetros y la lógica de la razón burguesa moderna—<sup>16</sup> y pasando sin duda por el plano económico —que consolida el modo de producción capitalista con la revolución industrial—, por el plano social —que constituye la estructura definitiva de las clases de la sociedad moderna y el mundo diverso y multifacético de la moderna sociedad civil— y por el plano político —que con la Revolución francesa crea finalmente la figura acabada del estado moderno y el espacio global de las relaciones políticas que le corresponden. Y todo ello, justamente, durante ese siglo XIX, que también y no por casualidad será a su vez el siglo del nacimiento y afirmación inicial del pensamiento crítico y de la concepción global de Carlos Marx.

Nacimiento del marxismo en la segunda mitad del siglo XIX, y con él de todo el horizonte de la vasta familia de expresiones del *pensamiento crítico contemporáneo*, que como bien ha apuntado ya Federico Engels,<sup>17</sup> sólo podía surgir en el momento en que la modernidad burguesa y capitalista hubiese *agotado* su ciclo ascendente, desplegando todo el conjunto de aportes, elementos y contribuciones que constituyen su herencia histórico-civilizatoria. Y dicho agotamiento se ha cumplido, con los aportes enunciados más arriba, justamente hacia esa primera mitad del siglo XIX que constituye entonces el punto de clímax de la curva vital general de tal modernidad. Marxismo que entonces va a constituirse en la expresión intelectual principal del lado “malo” o negativo de esa misma modernidad, en la expresión de la negación intrínseca y más profunda que dicha modernidad lleva dentro de sus propias entrañas y que está llamada a desconstruirla y a disolverla desde su propio interior, para luego superarla y trascenderla radicalmente.

Con lo cual, y puesto que el marxismo es necesariamente esa crítica destructiva de todos los discursos positivos de la modernidad burguesa, es lógico que en el campo de la historia se haya constituido también como una doble crítica y desconstrucción frontal y radical tanto del discurso moderno erudito como del discurso filosófico moderno sobre la historia que le han antecedido.<sup>18</sup> Doble crítica que se explicita ya desde el temprano texto de *La ideología alemana*, para reivindicar —frente a esa historia erudita y objetivista que es “sólo una colección de hechos muertos”— una historia necesariamente *interpretativa* y *explicativa* de los complejos hechos humanos, historia que se pregunta por las causas de los hechos históricos y por el sentido general mismo

<sup>16</sup> Cf. el brillante ensayo de Carlo Ginzburg, “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en *Mitos, emblemas, indicios*, Gedisa, Barcelona, 1994; el libro de Theodor Adorno y Max Horkheimer, *Dialéctica del Iluminismo*, ya citado; y de Michel Foucault, “¿Qué es la crítica? Crítica y Aufklärung”, *Daimon. Revista de Filosofía*, núm. 11, 1995.

<sup>17</sup> En su texto célebre de *Socialismo utópico y socialismo científico*, Progreso, Moscú, 1970.

<sup>18</sup> Sobre este punto véanse los trabajos de Bolívar Echeverría, “Discurso de la revolución, discurso crítico”, *Cuadernos Políticos*, núm. 10, México, 1976; *Las ilusiones de la modernidad*, UNAM – El Equilibrista, México, 1995; y *Valor de uso y utopía*, Siglo XXI, México, 1998.

del largo periplo de la historia de los hombres. Pero también y frente a la filosofía hegeliana de la historia, o frente a cualquier filosofía de la historia, que se constituyen como construcciones siempre *a priori*, que sólo “dan rienda suelta al potro de la especulación”, Marx va a defender en cambio un análisis crítico y riguroso de los “hechos empíricos comprobables”, análisis que mediante un proceso complejo de comparación, de generalización epistemológica y de síntesis dialéctica vaya elaborando justamente esas “abstracciones generales” o modelos globales de explicación y de interpretación de dicha historia social de los hombres.

Y mientras que este discurso marxista sobre la historia se ha desarrollado, reciclado, profundizado, debatido y también deformado, vulgarizado y simplificado durante los últimos 150 años, pero manteniéndose siempre *vivo y presente* dentro de los más diversos y heterogéneos paisajes de las historiografías nacionales de todo el planeta hasta el día de hoy, los dos tipos de discursos historiográficos que la modernidad creó e impulsó a partir del siglo XVII y hasta el siglo XIX, en cambio, o han entrado en un claro proceso de decadencia y marginación, como en el caso del discurso filosófico, o simplemente se han estancado, limitándose a reproducirse sin ninguna innovación o modificación esencial, como en la variante erudita y positivista de ese mismo discurso.<sup>19</sup>

### III

Este proceso que hemos registrado claramente en el ámbito de los discursos históricos modernos, y que para su explicación nos ha remitido a la curva más general de la propia modernidad, se ha proyectado también en todo el ámbito de la “cultura” o del sistema de los saberes sobre lo social, del cual forman parte tales discursos historiográficos. Y es dicho proceso más general el que, en nuestra opinión, *abre el espacio* para la configuración del *episteme* segmentado y autonomizado de las ciencias sociales contemporáneas, desarrollado a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

Porque lo que las diversas filosofías de la historia expresaron fue justamente el lado “universalista-abstracto” de la modernidad, lado que, apoyado en la lógica y naturaleza igualmente universales y abstractas del valor, se hizo valer como progreso histórico-civilizatorio frente al localismo, particularidad y aislamiento de las distintas historias de los pueblos y sociedades precapitalistas. Pero con el siglo XIX, la colonización y conquista de todo el planeta por parte del capital —cuya resultante principal es la creación del mercado mundial capitalista— llegó a su fin. Y con ella el proceso histórico-progresivo de universalización histórica cumplido por la modernidad.

<sup>19</sup> Sobre este punto, véase Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Between Marx and Braudel: making history, knowing history”, ya citado; también *Los Annales y la historiografía francesa*, Quinto Sol, México, 1996; *Braudel a debate*, Fondo Editorial Tropykos – Fondo Editorial Buría, Caracas, 1998 y *La Escuela de los Annales. Ayer, hoy, mañana*, Montesinos, Barcelona, 1999.

Por eso, a partir del último tercio del siglo XIX ya *no* existen más “Américas por descubrir” para el capital; entonces lo único que queda es una lucha puramente material y hasta descarnada por la redistribución de los espacios ya conocidos de ese mismo y ahora terriblemente *finito* planeta Tierra. Y es aquí donde se acaba la “función histórico progresiva” de la modernidad, cerrando el ciclo de su curva *ascendente* de desarrollo y abriendo la rama *descendente* de su decadencia, en la cual hemos vivido durante los últimos 150 años.

Pero entonces, si se acaba el proceso de universalización histórica y la tarea civilizatoria de la modernidad alcanza su punto de culminación, entonces la burguesía deja de poder reivindicar ese “universalismo” —aun bajo la figura abstracta y antitética que estuvo vigente durante varios siglos— que la caracterizó en su etapa ascendente de desarrollo, universalismo que se traslada, necesariamente, al campo del pensamiento negativo o pensamiento crítico de esa misma modernidad.

Y es eso justamente lo que explica el nacimiento y desarrollo de las ciencias sociales contemporáneas, ciencias que, relegando a un plano siempre secundario, y a veces hasta inexistente, a ese universalismo antiguamente reivindicado, van a construirse ahora como el simple cultivo virtuoso de la *especialización* del objeto de estudio claramente acotado, de los métodos exclusivos e intransferibles, de las técnicas únicas y particulares, y hasta del lenguaje, los términos, los conceptos y las teorías sólo correspondientes a tal o cual ámbito bien delimitado de lo social.

Proceso de segmentación, especialización, particularización y autonomización de las diferentes ciencias sociales, que al mismo tiempo que le vuelve la espalda a las visiones más universalistas, vastas y globales sobre lo social, continúa cultivando y reproduciendo, por el contrario, el segundo trazo que caracteriza a la modernidad y que antes hemos evocado como el fundamento general del proyecto de la ciencia experimental. Porque a diferencia del “universalismo burgués” que se vincula a la tarea progresista de la modernidad, el proyecto de dominio y explotación de la naturaleza a través de los resultados de la aproximación científico-experimental se conecta más bien con la necesidad reiterada y creciente de su propia y más elemental autorreproducción. Lo que significa que este proyecto *no* puede ser abandonado por la modernidad, ni aún durante la fase *descendente* de su ciclo vital, la que por el contrario lo acentúa y reactualiza permanentemente.

Y entonces, acaso dicha reactualización permanente de esa aproximación experimental a la naturaleza y al mundo es lo que explica el hecho de que todas las “nuevas” ciencias sociales de los últimos 130 años hayan “soñado” en algún momento con ser tan “rigurosas”, “objetivas”, “exactas” y “precisas”, es decir tan “científicas” como las propias ciencias naturales o duras o exactas, cuyo modelo constituye el paradigma más o menos confeso de todo el conjunto de nuevas disciplinas o ciencias sociales hoy existentes; paradigma que nunca fue alcanzado, ni podía serlo, y que ahora se revela

como completamente ilusorio, sobre la base del replanteamiento mismo de esas ciencias equívocamente llamadas “exactas”.<sup>20</sup>

Reordenación entonces de la reflexión sobre lo social, desarrollada durante la segunda mitad del siglo XIX, que al mismo tiempo que marginaba y reducía cada vez más al universalismo abstracto antes cultivado, y que acentuaba el carácter más “experimental” y empírico-erudito ya conocido también anteriormente, iba edificando entonces ese *episteme* segmentado y autonomizado que fue la línea *dominante* dentro de las ciencias sociales de los últimos 130 años. Línea dominante que, como sabemos, coexistió sin embargo todo el tiempo con varias y muy diversas expresiones de resistencia o de abierta crítica y rechazo a su sentido más general. Por ejemplo, y en primer lugar, en los múltiples autores y en las múltiples corrientes intelectuales que, más allá de ese *episteme* disciplinar fragmentado y especializado, defendieron, promovieron e incluso implantaron visiones siempre más globales, de mayor alcance y más unidisciplinarias de lo social. Así, desde Freud hasta Carlo Ginzburg y desde Wittgenstein hasta Immanuel Wallerstein, pasando por Claude Lévi-Strauss, Norbert Elias, Marc Bloch, Walter Benjamin, Fernand Braudel o Michel Foucault, entre tantos y tantos otros pensadores, siempre existieron autores —y con ello a veces corrientes intelectuales— que *no* han respetado dicho *episteme*, transitando libre y críticamente por las diversas disciplinas de lo social-histórico humano.

O también, en el doble movimiento que desplegaron esas distintas ciencias sociales “sectorializadas”, las que según la naturaleza de su particular “objeto de estudio” configuraron actitudes o bien “imperialistas” o bien en otro caso “deterministas”, respecto de las restantes ciencias sociales. Así, las ciencias sociales sectorializadas que no obstante se ocuparon de investigar objetos más “vastos” —como la historia, la sociología o la antropología, ocupadas respectivamente del estudio del pasado humano, de las sociedades o del propio hombre— desplegaron siempre vocaciones “imperialistas” de englobar bajo *su* dominio o campo al conjunto de las ciencias sociales, pero siempre sin renunciar a su “espacio” definido de lo social y a su óptica “especializada” singular, la que en todos los casos era reivindicada como articuladora del conjunto y como dominante de todas las demás ciencias sociales, concebidas necesariamente en este esquema como ciencias “auxiliares”.

Por otra parte, las ciencias sociales segmentadas y ocupadas de objetos más acotados —como la economía, la psicología, el derecho, la ciencia política o la lingüística, entre otras— reivindicaron siempre diversos y múltiples “determinismos”, donde el factor dominante o motor o determinante o esencial de los procesos humanos era siempre *su* particular objeto de estudio. Y así, expresando por estas dos vías una inconsciente y muy deformada vocación de “globalidad” —sea imperialista, sea determinista—, las ciencias sociales parceladas mantuvieron sin embargo un mínimo resabio de la antigua y ahora casi eliminada vocación universalista.

<sup>20</sup> Sobre este problema véanse los trabajos de Ilya Prigogine y de Isabelle Stengers citados en la nota 3.

Finalmente, y como una tercera forma de rebelión contra este *episteme* parcelado, se desarrollaron las múltiples y muy heterogéneas versiones de lo que podríamos llamar los varios y variados marxismos del siglo XX. Y aunque algunos de estos “marxistas” o “marxismos” sucumbieron a la vigencia de dicho *episteme*, autocalificándose de “sociólogos” o “historiadores”, o “filósofos”, o “economistas”, o “geógrafos”, o etcétera “marxistas”, también muchos de ellos (y desde las más distintas posiciones) reivindicaron la perspectiva profunda e ineludiblemente *globalizante y universalista crítica* que caracterizó el pensamiento y la herencia más genuina del marxismo original.

De tal modo, la línea dominante mencionada del *episteme* fragmentado-especializado del saber sobre lo social sólo se afirmó en medio de todas estas líneas convergentes de oposición, a las que sin duda logró subordinar y controlar, pero sin poder nunca eliminarlas completamente. Lo que define entonces una permanente tensión dentro de este desarrollo de las ciencias sociales de las últimas 13 décadas, tensión que aflorará y se liberará con todas sus consecuencias a raíz de la revolución cultural de 1968.<sup>21</sup>

\* \* \*

Estamos ahora, y desde hace 30 años, en un complejo proceso de reorganización del entero sistema de los saberes y de los conocimientos científicos, tanto de las llamadas “ciencias naturales”, como de las ciencias sociales y de las humanidades. Para llevar adelante dicho proceso, tal vez sea útil tratar de *recuperar* y al mismo tiempo de *trascender* en una nueva síntesis, y dentro de una inédita configuración, tanto los aspectos positivos del universalismo abstracto como los del particularismo experimental, realizando una verdadera superación o *aufhebung* de ambas aproximaciones en el sentido hegeliano. ¿Será posible intentar esa síntesis, que recogiendo las visiones vastas, globales y universalistas de los últimos cuatro o cinco siglos, trate a la vez de dotarlas del fundamento derivado de la experiencia concreta de dicho reconocimiento detallado y minucioso de lo múltiple, de la diferencia y la singularidad, y de la coexistencia posible de muchas lógicas y de la diversidad, para avanzar entonces en la construcción de una nueva *universalidad concreta* de un también necesariamente distinto y renovado sistema de los saberes y de los conocimientos humanos?

En nuestra opinión es justamente esta línea de una original y hasta ahora desconocida perspectiva de una *ciencia universal concreta* la que se dibuja y esboza claramente en el acto mismo del propio nacimiento del pensamiento crítico contemporáneo, en el

<sup>21</sup> Cf. Immanuel Wallerstein, “1968: revolución en el sistema-mundo. Tesis e interrogantes”, *Estudios Sociológicos*, núm. 20, México, 1989; Fernand Braudel, “Renacimiento, reforma, 1968: revoluciones culturales de larga duración”, *La Jornada Semanal*, núm. 226, México, octubre de 1993; François Dosse, “Mai 68: les effets de l’histoire sur l’Histoire”, *Cahiers de l’IHTP*, núm. 11, París, 1989 y Carlos Antonio Aguirre Rojas, “1968: la gran ruptura”, *La Jornada Semanal*, núm. 225, octubre de 1993 y “Los efectos de 1968 sobre la historiografía occidental”, *La Vasija*, núm. 3, México, 1998.

surgimiento del marxismo original, que es — simultáneamente y a través de la figura de Carlos Marx— un proyecto que representa el “último de los enciclopedismos universales”, pero a la vez el más riguroso y erudito de los esfuerzos intelectuales de una comprensión realmente matizada y concreta de la realidad. Proyecto marxista crítico que, luego de la muerte de su propio artesano fundador, va a recorrer múltiples y complejos caminos, agazapado siempre en los intersticios de las líneas *no dominantes* del pensamiento social de los últimos 150 años, y sobreviviendo dentro de esas obras ricas, innovadoras y heréticas de los autores genuinamente críticos que antes hemos mencionado.

Se trata en todo caso, en nuestra opinión, de una línea de exploración intelectual que, más allá de sus filiaciones culturales específicas, vale la pena de ser desarrollada y profundizada por los investigadores y científicos sociales cada vez más insatisfechos y descontentos con el actual sistema de los saberes y de los conocimientos en general, que es todavía dominante.